

Enrique García Santo-Tomás

*La musa refractada. Literatura y óptica en la España del Barroco*

Madrid, Iberoamericana, 2015, 339 p.

ISBN 9788484898818

**Jorge García López**

Universitat de Girona

jorge.garcia@udg.edu

Pocas veces se ha realizado la compulsa de la relación entre la historia de la ciencia y la literatura en lengua española de una forma sistemática y veraz. Ciertamente que no faltan algunos ejemplos y que en la actualidad grupos de investigación de dotación oficial avanzan en esa dirección, pero también es verdad que nos faltan estudios que en otras literaturas europeas son clásicos desde los años treinta del siglo xx. De ahí la importancia de saludar la excelente novedad que representa el volumen de Enrique García Santo-Tomás, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Michigan y autor de importantes ediciones y contribuciones al estudio de la literatura áurea, adentrándose, nada menos, que en la impronta española de la recepción de Galileo a lo largo del siglo xvii. Y esto siguiendo la pista, las referencias literarias, el prestigio social, las representaciones iconográficas o los usos satíricos y críticos del telescopio o anteojo / antejo de larga vista, como se solía denominar en la época. Una aventura fascinante la lectura de un libro que nos presenta a escritores clásicos y menos conocidos bajo una luz nueva.

Tal como el mismo autor nos presenta en los Preliminares (pp. 13-21), el volumen está conformado por una introducción y cuatro bloques temáticos, auténticos «momentos epistemológicos» (p. 17), que a su vez se nos presentan subdivididos en ocho capítulos con numeración propia y sucesiva. La gradación en cuatro bloques temáticos y la numeración propia de los capítulos, del I al VIII, nos da una primera imagen acertada y simultánea de gradación y saltos que no es parte superficial de la misma historia que se nos cuenta. La introducción repasa los elementos centrales del concepto de Revolución científica, así

como la figura de Galileo y el problema de la ciencia en la España del Renacimiento y en general el estudio de la literatura española y de la literatura áurea a la luz de la historia de la ciencia y de la técnica. En todos los casos estamos ante planteamientos de subida solvencia, manejando bibliografía de calidad y muy puesta al día, tachonados de observaciones interesantes; entre ellas, no la menor el recuerdo de cómo Copérnico fue aceptado en España con gran interés e incluso llegó a formar parte de los programas de estudio en Salamanca. Muy interesante también el enfoque retórico y humanista de la *nuova scienza*, que era el que exhibía Galileo, hijo al fin y al cabo de un músico y humanista, Vincenzino Galilei, inquisidor del mundo clásico en su *Dialogo della musica antica e moderna* (Florencia, 1581), como oportunamente recuerda el autor (p. 273). Y no menos interesante la comparación entre el enfoque retórico de Galileo y la escena de la época (p. 272-273). Observaciones todas que nos recuerdan algunas de las últimas aportaciones fundamentales en el estudio de la historia de la ciencia como actividad histórica, retórica y cultural al fin.

Un primer bloque (Firma y firmamento, pp. 61-99) está integrado por un sólo capítulo dividido a su vez en dos. En el primero, se estudia cómo llega el telescopio galileano a Madrid y a los círculos de investigación de la capital Habsburgo, así como las redes diplomáticas que tuvieron protagonismo en ese proceso, incluyendo la posibilidad de un viaje de Galileo a España, así como la presencia en todo el proceso de escritores como Bartolomé Leonardo de Argensola. En el camino tenemos el recuento de la relación de Galileo con los círculos eclesiásticos de esa época —de la mano de Beltrán Marí—, el problema de las latitudes geográficas, la historia de la Academia de Matemáticas, después Colegio Imperial —uno de los principales receptores de las ideas astronómicas de Galileo—, y el estudio de la obra de algunos de sus más conocidos profesores, tales como Andrés García de Céspedes (que lo fue hasta 1611) o Juan Cedillo Díaz (docente entre 1611 y 1625), dándonos el autor una interesante reseña de los testimonios manuscritos de éste último que se conservan en la Biblioteca Nacional de España. Una segunda parte de este capítulo se centra en el análisis de la obra de Benito Daza de Valdés, *Uso de los anteojos para todo género de vistas* (1623), «primer texto conocido que incorpora algunas de las tesis de Galileo en el campo de la óptica, introduciendo pasajes del *Sidereus nuncius*, pero sin citar a su autor» (p. 92).

Un segundo bloque («Galileo y sus contemporáneos españoles», pp. 101-187) está dividido en tres capítulos (I. Fundaciones, II. Asimilaciones y III. Plasmas). El primero nos muestra la primera aparición de elementos de la nueva óptica y astronomía en conjunción con un universo todavía ptolemaico. Se traza ahí un interesante inventario de las tensiones evidentes en la escritura de autores que ya han entrado en contacto con la labor de científicos como Brahe o Galileo, pero que se hallan instalados todavía en las ideas tradicionales y en el universo ptolemaico, como es el caso de Cervantes, Lope de Vega, Salas Barbadillo o Tirso de Molina. Un segundo capítulo nos propone el estudio de los *Ragguagli di Parnaso* (1612) de Trajano Boccalini y la *Piazza universale di tutte*

*le professioni del mondo* (1585) de Tomaso Garzoni. La primera, ampliamente traducida al castellano y en especial en la traducción impresa de Pérez de Sousa, suele ser también, como observa agudamente el autor, vehículo y senda para la introducción de amplias novedades de la Revolución científica, como demuestra la *República literaria* de Diego de Saavedra o la obra de Juan Bautista Corachán a finales del siglo XVII (e incluso panfletos antitorresistas de don Martín Martínez, que refleja a su vez Boccalini y Saavedra). La segunda fue traducida y adicionada por Cristóbal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (1615). Finalmente, un tercer capítulo nos presenta los espacios de interioridad barrocos en conjunción con otros estudios paralelos del autor<sup>1</sup> y la figura del *virtuoso* encarnada en el fascinante personaje que fue Juan de Espina, poseedor de preciosas colecciones entre las que constaban los famosos códices de Da Vinci hoy custodiados en la Biblioteca Nacional de España. Juan de Espina fue en esos años veinte y treinta del siglo un famoso clérigo dado a la música, el coleccionismo, que ha pasado a la historia además por sus supuestas prácticas mágicas y que fue personaje literario en la obra de escritores como Castillo Solórzano, Pantaleón de Ribera, Juan de Piña o Tirso de Molina. Arquetipo de personajes como Nicolás Monardes, Gonzalo Argote de Molina, Jerónimo de Chaves o Vincencio Juan de Lastanosa, figuras que nos ayudan a comprender «cómo se diseminó y recibió al científico en la España del siglo XVII» (p. 186).

El tercer bloque («La ciencia de la sátira», pp. 189-235) se compone de dos capítulos (V. Situaciones y VI. Exploraciones). En el primero, se estudia, siguiendo la obra de autores como Rodrigo Fernández de Ribera y Antonio Enríquez Gómez, la creación de lugares imaginarios en la ficción de la primera mitad de siglo, en concreto el espacio refractado de la urbe y el concepto de atalaya. Se pasa así revista a *Anteojos de mejor vista* de Fernández de Ribera, «que nos brinda una de las vetas temáticas más atractivas de la sátira barroca» (p. 195) con recuerdos del *Buscón*, *La hija de Celestina* y *Rinconete y Cortadillo*. Su obra «actúa de igual forma que el telescopio de Galileo en la medida en que no sólo acerca el objeto en la distancia, sino que lo evalúa en su verdadera naturaleza» (p. 201). Junto a Fernández de Ribera, tenemos el estudio de *La torre de Babilonia* (1649) de Enríquez Gómez y en rápido apunte *El hijo de Málaga, murmurador jurado* (1639) de Salvador Jacinto Polo de Medina. Por su parte, en el segundo el autor se centra en el viaje aéreo a partir del análisis de la obra de Luis Vélez de Guevara, *El diablo Cojuelo* (1641), donde «el uso de gafas es aquí reemplazado por los poderes visuales del diablo, quien se convierte en una suerte de “lente literaria”» (p. 217). Las diferentes alusiones a lo largo de la obra a los avances en cosmografía «apuntan a que estamos ante un testimonio que ofrece al lector una lectura de la España del momento en la que el ojo es, una vez más, su gran protagonista» (p. 217).

1. Enrique García Santo-Tomás, *Espacio urbano y creación literaria en el Madrid de Felipe IV, Iberoamericana*, Madrid, 2004.

Finalmente un cuarto bloque, que da título al conjunto del ensayo («La musa refractada», pp. 237-296), lo encontramos dividido en dos capítulos (VII. Intervenciones y VIII. Reverberaciones). En el primero pasa revista al capítulo de *La hora de todos y la fortuna con seso* (1635) de Francisco de Quevedo dedicado a los intentos de conquista de Chile por parte de los holandeses. El capítulo comienza recordando cómo en *El lince de Italia y zaborí español* (1628) Quevedo «se vale de un antejo de larga vista para aconsejar a Felipe IV en torno al peligro de los intereses del duque de Saboya» (p. 241). Si parece evidente la referencia lince / Lincei, también es dable observar «cómo una creación del universo de la ciencia le sirve al madrileño para construir toda una retórica encaminada a ofrecer un punto de vista diferente» (p. 242). En *La hora de todos* volverá a hacer «uso de objetos de uso técnico provenientes de los debates culturales del momento» (p. 244) y en concreto el telescopio. Ahí podemos descubrir por parte de Quevedo su «fascinación por lo mecánico» (p. 245) en la acertada línea interpretativa de Lía Schwartz. De forma paralela se recorre la obra de Diego de Saavedra, referencia de lo más oportuno, por cuanto la estética de la prosa lacónica ya nace en Italia de las manos de Virgilio Malvezzi con expresas referencias a Galileo y como un elogio de las matemáticas, y por si faltara algo, la primera obra de Malvezzi, *Il Romulo* (1629), se publica con una estampa de un sabio mirando las manchas solares en un charco, tal como se aconsejaba en la época. De hecho es muy posible que *Il saggiaiore* fuera comentado en la romana *Accademia dei Deseosi* a la que pertenecía Malvezzi. Por ahí observamos que en *Repubblica literaria* (1615-1642) ya tenemos una apología de la nueva ciencia y citas expresas de Galileo entre una gran cantidad de referencias a las ciencias del Renacimiento y a las corrientes filosóficas de finales del siglo XVI, mientras que en *Empresas políticas* (1640-1642) nos encontramos con una gran suma de novedades de todo tipo, tanto en la prosa como en los emblemas. Y así en la Empresa 46 (*Fallimur opinione*) nos presenta el pensamiento académico, es decir, escéptico, abriendo la empresa y adjetivado de forma muy favorable, mientras que en la Empresa 7 aparece el telescopio en el emblema. Todo ello nos indica hasta qué punto «estaba familiarizado con los hallazgos de su contemporáneo [Galileo]» (p. 258). Para concluir, recordemos que en el epílogo final de su *Corona gótica*, recuerda Saavedra que «hasta los cielos envejecen», haciéndose partícipe de la nueva visión antiaristotélica del mundo que se abre paso en la centuria. En consecuencia, tanto en el caso de Quevedo como en el de Saavedra, «se aprecia de forma más evidente una tensión entre una herencia recibida y una nueva cosmografía» (p. 18).

En el segundo capítulo, el autor pasa revista a la segunda mitad de la centuria y acaba entroncando con los primeros ilustrados o *novatores* y figuras como las de Benito Jerónimo Feijóo o don Martín Martínez. De esta forma encontramos que en su *Cursus Philosophicus* (Amberes, 1632) el jesuita Rodrigo de Arriaga, profesor en Praga, ya afirma que la incorruptibilidad de los cielos es insostenible de todo punto. De forma paralela se ponen de relieve las aproximaciones del teatro de Pedro Calderón («acérrimo galileista» de acuerdo con Amadei-Pulice) al

universo de Galileo y en general la muy afortunada comparación entre la representación teatral y la nueva visión cosmológica. Calderón hará evidente la percepción de estas «transformaciones epistémicas» en su *Deposición a favor de los profesores de la pintura*. Por este camino algo parecido podríamos decir con el tópico de la invisibilidad que nos aparece en obras de Cubillo de Aragón, Cañizares o Bancos Candamo. Respecto de la poesía, nos recuerda el autor el universo netamente galileano de Bernardino de Rebolledo y Villamizar (1597-1676), plenipotenciario de Felipe IV en Dinamarca o el poeta criptojudío Miguel Barrios (1625-1701), en cuya *Fábula de Prometeo y Pandora* tenemos «una interesante *geographia mundi* que evidencia su conocimiento del *De revolutionibus* de Copérnico» (p. 281). En lo que respecta a la ficción, tenemos el análisis de la *Tienda de anteojos políticos* de Andrés Dávila y Heredia (1627-1686) y *El sastre del campillo* de Francisco Santos (1623-1698), cuyo interés por la ciencia «es algo que no pasa desapercibido» (p. 287). A ellos se añade una serie de figuras del último tercio de siglo, tales como Juan Bautista Corachán en sus *Avisos del Parnaso*, de 1690 (pero publicados por Mayans en 1647) o la *Enciclopedia* (1670) de Caramuel. Por ahí enlazamos con la Ilustración en figuras como Feijóo, Martín Martínez en su *Filosofía escéptica* (1730), acaso la obra que culmina su reflexión a partir de Robert Boyle y su *The sceptical Chymist*, o la figura más problemática de Torres Villarroel, en cuyos *Sueños* podemos leer que «hemos llegado a saber todo el estado del cielo» (p. 294).

En conclusión, una aportación a todas luces fundamental y original, basada en un muy solvente dominio bibliográfico, en una aguda y sistemática reflexión sobre las relaciones entre ciencia y literatura en la España seicentista, y en un dominio sólido y admirable de la literatura áurea. La referencia bibliográfica y la investigación de primera mano andan aliadas; la cita actualizada y el trabajo de campo se complementan y ello nos permite descubrir una multitud de facetas interesantes: sin lugar a dudas el acicate inmediato para búsquedas futuras. En esa dinámica, el autor pone de manifiesto la presencia de Galileo en una muchedumbre de autores y se centra en analizar los casos más interesantes y evidentes, tanto en la tratadística como en la sátira, la novela o el teatro, dándonos así un significativo repaso de los autores y las obras fundamentales de la época desde una óptica nueva. Plagado de referencias literarias y reflexiones afiladas, sin duda estamos ante una obra esencial en el estudio de la cultura hispana del siglo XVII.



